



UNIVERSITÄTS-  
BIBLIOTHEK  
PADERBORN

## **Universitätsbibliothek Paderborn**

### **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Madrid, 1850**

Capitulo LXIII. De lo mal que avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



### CAPITULO LXIII.

De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca.



GRANDES eran los discursos que don Quijote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venia, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que habia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolucion, aquella

tarde don Antonio Moreno su huésped y sus dos amigos, con don Quijote y Sancho, fueron á las galeras (1). El cuatralvo, que estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quijote y Sancho, apenas llegaron á la marina, cuando todas las galeras abatieron tienda (2), y sonaron las chirimias: arrojaron luego el esquite al agua, cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los pies en él don Quijote, disparó la capitana el cañon de crujia, y las otras galeras hicieron lo mismo, y al subir don Quijote por la escala derecha, toda la chusma le saludó, como es usanza, cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: hu, hu, hu, tres veces. Dióle la mano el general, que con este nombre le llamaremos, que era un principal caballero valenciano: abrazó á don Quijote, diciéndole: este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor don Quijote de la Mancha

(1) Este suceso, ó la aventura de las galeras, pudo tal vez tomarse en parte de un hecho verdadero, sucedido en 1614, y que haciendo mencion de los servicios de don Martin Saavedra, Galindo y Guzman, refiere en la pag. 85 un autor de aquel siglo (Memorial al rey nuestro señor por Martin de Saavedra, Lodron de Guevara, señor de la casa de Saavedra, y de la de Narvaez, etc.): «El año de 1614 á vista de Barcelona, peleando la galera Patrona real con un navio reforzado de corsarios de Argel, y durando su defensa, fue el primero que le abordó y entró, y peleando cuerpo á cuerpo con el arracz, le mató: en cuyo valor consistió el de su gente, etc. — Arr.

(2) *Tienda* es la cubierta de la galera. Se dice *hacer tienda* cuando la ponen, y *abatir tienda* cuando la bajan. — Arr.

tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería. Con otras no menos corteses razones le respondió don Quijote, alegre sobremanera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines (1): pasóse el cómitre (2) en cruja, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fuera ropa (3), que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y mas cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré.

Estaba Sancho sentado sobre el estanterol junto al espalder de la mano derecha, el cual, ya avisado de lo que habia de hacer, asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pie y alerta, comenzando de la derecha banda, le fue dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando, sin poder imaginar qué fue lo que sucedido le habia.

Don Quijote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al general si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuese, él, que no tenia intencion de profesar en ellas, no queria hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le habia de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto se levantó en pie y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios, y venia á dar sobre su cabeza, y agoviándola lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo don Quijote, que tambien se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habian amainado (4), y todo esto callando como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la cruja (5) con el corbacho ó rebenque, comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y alargarse (6) poco á poco á la mar.

Cuando Sancho vió á una moverse tantos pies colorados (que tales pensó él que eran los remos) dijo entre sí: estas si son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que así los azotan? ¿y cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo que este es infierno, ó por lo menos el purgatorio. Don Quijote, que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo: ¡ah Sancho amigo, y con qué brevedad, y cuan á poca costa os podiades vos, si quisiédes desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos no sentiríades vos mucho la vuestra; y mas, que podria ser que el sabio Merlin tomase en cuenta cada azote destes, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habeis de dar.

Preguntar queria el general qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dul-

(1) Especie de asientos en la popa de las galeras en las dos bandas ó costados. — Arr.

(2) *Cómitre* era cierto jefe subalterno de la galera, á cuyo cargo estaba el órden, mando y castigo de los remeros. — Arr.

(3) *Hacer fuera ropa* era desnudarse los remeros cuando tienen que remar con brio y presteza. — Arr.

(4) *Amainar la entena* es abajarla y recogerla.

(5) *Saltar ó ponerse en cruja* es ponerse en el paseo y carrera de la galera, en medio de ella, entre las bandas de los remeros. Entre esta y la popa de la galera estaba el *estanterol*, que era una columna adonde el capitán de la nave asistia para mirar si iba bien esta, y su maniobra. — Arr.

(6) *A meterse poco á poco* ó marcharse mar adentro. — Arr.

cinea, cuando dijo el marinero: señal hace Monjuich de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente. Esto oido, saltó el general en la cruja, y dijo: ea, hijos, no se nos vaya; algún bergantin de corsarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala. Llegáronse luego las otras tres galeras á la capitana, á saber lo que se les ordenaba. Mandó el general que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iría tierra á tierra, porque así el bajel no se les escaparía. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecía que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel cuando descubrió las galeras se puso en caza con intencion y esperanza de escaparse por su lijereza; pero avinole mal, porque la galera capitana era de los mas lijeros bajeles que en la mar navegaban, y así le fue entrando, que claramente los del bergantin conocieron que no podían escaparse, y así el arráez quisiera que dejarán los remos y se entregáran, por no irritar á enojo al capitan que nuestras galeras regia; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca que podían los del bajel oír las voces que desde ella les decian que se rindiesen, dos Toraquis, que es como decir dos turcos borrachos, que en el bergantin venian con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados, que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo cual, juró el general de no dejar con vida á todos cuantos en el bajel tomase, y llegando á embestir con toda furia se le escapó por debajo de la palamenta (1). Pasó la galera adelante un buen trecho: los del bajel se vieron perdidos; hicieron vela en tanto que la galera volvía, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza (2); pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento, porque alcanzádoles la capitana á poco mas de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos.

Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traian. Dió fondo el general cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el virey de la ciudad (3). Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar luego luego al arráez y á los demas turcos que en el bajel habia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los mas escopeteros turcos. Preguntó el general quien era el arráez del bergantin, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que despues pareció ser renegado español): este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro arráez, y mostróle uno de los mas bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el general: dime, mal aconsejado perro, ¿quién te movió á matarme mis soldados, pues veias ser imposible el escaparte? ¿Este respeto se guarda á las capitanas? ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios.

Responder queria el arráez, pero no pudo el general por entonces oír la respuesta por acudir á recibir al virey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caza, señor general, dijo el virey. Y tan buena, respondió el general, cual la verá vuestra esclencia agora colgada desta entena.

¿Como así? replicó el virey. Porque me han muerto, respondió el general, contra toda ley y contra toda razon y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á cuantos he cautivado, princi-

(1) *Palamenta* el conjunto de remos de cualquier barco que los usa. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) *Se pusieron en caza*, esto es, maniobraron para escapar. Esta frase ni es hoy marítima, ni se usa en el sentido que la usó Cervantes. Dicese *dar caza* á perseguir ó seguir una embarcacion á otra. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(3) Era lo D. Francisco Hurtado de Mendoza; marques de Almazan, soldado de gran valor. — P.

palmente á este mozo, que es el arráz del bergantin; y enseñóle al que ya tenia atadas las manos y echado el cordel á la garganta esperando la muerte.



Miróle el virey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de escuchar su muerte, y así le preguntó: dime arráz, ¿eres turco de nacion, ó moro, ó renegado? A lo cual el mozo respondió en lengua asimismo castellana: ni soy turco de nacion, ni moro, ni renegado. ¿Pues qué eres? replicó el virey. Mujer cristiana, respondió el mancebo. ¿Mujer y cristiana, y en tal traje y en tales pasos? Mas es cosa para admirarla que para creerla. Suspended, dijo el mozo, oh señores la ejecucion de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida. ¿Quién fuera el de corazon tan duro que con estas razones no se ablandara, ó á lo menos hasta oír las que el triste y lastimado mancebo decir queria? El general le dijo que dijese lo que quisiese, pero que no esperase alcanzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia el mozo comenzó á decir desta manera: —

De aquella nacion mas desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, nací yo de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fui yo por dos tíos míos llevada á Berberia, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenían á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tíos quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira y por invencion para quedarme en la tierra donde habia nacido, y así por fuerza mas que por grado me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano, ni mas ni menos: mamá la fe católica en la leche, criéme con buenas costumbres: ni en la lengua ni en ellas jamas, á mí parecer, dí señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi her-

mosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fue mucho, no debió de ser tanto que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero, llamado don Gaspar Gregorio (1), hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro lugar otro suyo tiene. Como me vió, como nos hablamos, como se vió perdido por mí, y como yo no muy ganada por él, seria largo de contar, y mas en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza; y así solo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme don Gregorio. Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de dos tios míos, que consigo me traian; porque mi padre prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro, se salió del lugar, y se fué á buscar alguno en los reinos extraños que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocase el tesoro que dejaba en ninguna manera, si acaso antes que él volviese nos desterraban. Hicelo así, y con mis tios, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos á Berberia, y el lugar donde hicimos asiento fue en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fue ventura mia. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traía. Dijele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia.

Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron á decir como venia conmigo uno de los mas gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendí que lo decian por don Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atrás las mayores que encarcerarse pueden. Turbóme considerando el peligro que don Gregorio corria, porque entre aquellos bárbaros turcos en mas se tiene y estima un muchacho ó mancebo hermoso, que una mujer por bellísima que sea. Mandó luego el rey que se le trujesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decian. Entonces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacia saber que no era varon, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir á vestir en su natural traje, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con menos empacho pareciese ante su presencia. Dijome que fuese en buena hora, y que otro día hablaríamos en el modo que se podia tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con don Gaspar, contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre: vestíle de mora, y aquella misma tarde le truje á la presencia del rey, el cual en viéndole quedó admirado, é hizo designio de guardarla para hacer presente della al gran señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mujeres podia tener y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que le quiero) se deje á la consideracion de los que se apartan, si bien se quieren. Dió luego traza el rey de que yo volviese á España en este bergantín, y que me acompañasen dos turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino tambien conmigo este renegado español, señalando al que habia hablado primero, del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con mas deseo de quedarse en España, que de volver á Berberia: la demas chusma del bergantín son moros y turcos, que no sirven de mas que de bogar al remo. Los dos turcos codiciosos é insolentes, sin guardar el orden que traíamos de que á mí y este renegado, en la primer parte de España, en hábito de cristianos, de que venimos

(1) Aquí se llama *don Gregorio*; antes se le llamó *don Gaspar*, y Ricote al fin del cap. LIV le habia llamado *don Pedro*.—Vuélvesele á llamar *don Gregorio* en el cap. LXV.

proveidos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban por tierra en algun accidente que á los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el bergantin en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen. Anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas cuatro galeras, fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habeis visto. En resolucion, don Gregorio queda en hábito de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida, que ya me cansa. Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejeis morir como cristiana, pues como ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido: y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchos de los que presentes estaban.

El virey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra se llegó á ella, y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba. En tanto pues que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino, que entró en la galera cuando entró el virey; y apenas dió fin á su plática la morisca, cuando él se arroja á sus pies, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros, le dijo: oh Ana Félix, desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que volvia á buscarte, por no poder vivir sin tí, que eres mi alma. A cuyas palabras abrió los ojos Sancho y alzó la cabeza, que inclinada tenia, pensando en la desgracia de su paseo, y mirando al peregrino conoció ser el mismo Ricote, que topó el día que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual ya desatada, abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas: el cual dijo al general y al virey: esta, señores, es hija mia, mas desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mi riqueza: yo salí de mi patria á buscar en reinos extraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino, en compañía de otros alemanes á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo, y ahora por el extraño rodeo que habeis visto, he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mias, por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entonces dijo Sancho: bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto.

Admirados del extraño caso todos los presentes, el general dijo: una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron, y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura que valentia habia sido la suya. Hizo el general lo que el virey le pedia, porque no se egecutan bien las venganzas á sangre helada: procuraron luego dar traza de sacar á don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba: ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados que en perlas y en joyas tenia: diéronse muchos medios; pero ninguno fue tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabia donde, como y cuando podia y debia desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde don Gaspar quedaba: dudaron el general y el virey el fiarse del renegado, ni confiar dél

los cristianos que habian de bogar al remo : fióle Ana Félix , y Ricote su padre dijo que salia á dar el rescate de los cristianos, si acaso se perdiesen. Firmados, pues, en este parecer, se desembarcó el virey, y don Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el virey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo : tanta fue la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.



MARTI.